

# Un artículo de Federico de Onís sobre el joven José Ortega y Gasset

Introducción de Miguel Ángel Náter

ORCID: 0000-0002-8974-0114

Los vínculos entre Federico de Onís (Salamanca, 1885-Hato Rey, Puerto Rico, 1966) y José Ortega y Gasset (1883-1955) pueden evidenciarse desde temprano en su epistolario. Lamentablemente, los archivos que custodia el Seminario Federico de Onís del Departamento de Estudios Hispánicos en el recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico no cuentan con la parte final de la obra del salmantino. Existen, no obstante, en el Archivo de José Ortega y Gasset en la Fundación Ortega-Marañón, de Madrid (en adelante, AO), cartas de Onís enviadas a Ortega<sup>1</sup>. En una misiva del 5 de junio de 1912, Onís expresa a Ortega la admiración que sentía por él —especialmente por una nueva visión de los problemas de la historia literaria— y le informa de que ha visto a Unamuno y se ha percatado del interés que tenía el autor de *Niebla* por todo lo relacionado con Ortega:

Al pasar por Salamanca vi a Unamuno; me dio lástima de él porque está tan desconcertado que ni fuerzas para atacar tiene siquiera; más bien se defiende pero débilmente. Hacia V. siente una preocupación pueril, algo que no es otra cosa que monomanía de persecución. Tiene una verdadera obsesión por todo lo que a V. se refiere. ¡Que un hombre como él esté en ese estado! (AO, sig. C-38/1).

Por aquel entonces, Onís se encontraba en el proceso de publicación de su *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico 1912-1913*, texto que envió a Ortega. En una carta del 23 de septiembre de 1912, aclara su posición en el debate sobre lo europeizante y lo extranjerizante —que podría verse como reflejo de las pugnas entre Unamuno y Ortega. Al referirse a su discurso, afirma:

Supongo que a la mayor parte de la gente le parecerá muy mal; aunque acentúo algo la nota de españolismo contra los europeizadores *simios*. No crea V. por esto que transijo en lo más mínimo con la gente antieuropea; mi posición en esto, de la primera letra hasta la última, es radicalmente europeísta. Ahora que yo creo

<sup>1</sup> Agradezco al doctor Iván Caja Hernández-Ranera el contacto de la Biblioteca y Archivo de la Fundación Ortega-Marañón, y al señor Jorge Magdaleno, por la atención prestada a mi solicitud.

#### Cómo citar este artículo:

Náter, M. A. (2026). Un artículo de Federico de Onís sobre el joven José Ortega y Gasset. *Revista de Estudios Orteguianos*, (52), 183-201. <https://doi.org/10.63487/reo.623>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 52. 2026  
mayo-octubre



que por bien nuestro, y porque es verdad, hay que atacar a los *extranjerizantes* que confunden lo extranjero con lo europeo (AO, sig. C-38/2. En cursiva, los subrayados de Onís).

En otra carta del 17 de noviembre de 1912, Onís le da gracias por sus comentarios para la edición del discurso, que publica la Universidad de Oviedo ese mismo año. Luego lo incluirá en su libro titulado *Ensayos sobre el sentido de la cultura española* (Madrid: Residencia de Estudiantes, 1932). En ese discurso, Onís valora la obra de Unamuno sin dejar de cuestionarla:

Los años que han pasado desde entonces hasta ahora me han hecho llegar a pensar de manera opuesta diametralmente a la suya y a estimar de muy diferente modo el valor de sus ideas; pero no a perder ni un ápice del cariño que supo despertar en mi corazón de mozo ni de la estimación de la generosidad de su espíritu, que se daba entero a sus discípulos, con todo el cariño riquísimo de su ciencia y de su emoción. Si a algún hombre hubiera yo de dar el nombre de maestro, aquel nombre que Cristo mandó a sus discípulos que no llamasen a nadie sobre la Tierra, sólo a él tendría el DERECHO y el deber de dárselo<sup>2</sup>.

Los vínculos con Ortega fueron de otro matiz. Onís dedicó tiempo a promover su obra en Estados Unidos, como hizo con muchos escritores españoles. De eso da fe, también, su epistolario. Del mismo modo, lo recordaba Juan Ramón Jiménez, llamándolo “¡Héroe crecido de la rabona verde!” y en labios de Ortega: “¡Ese fauno del Tormes!”<sup>3</sup>.

En uno de sus viajes por Suramérica, Onís dictó una conferencia en Caracas y Santiago de Chile acerca de la relación entre Miguel de Unamuno (1864-1936) y Ortega y Gasset. La conferencia se tituló “Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset íntimos”<sup>4</sup>. En el Salón de Honor de la Universidad Central de Chile, recordó cómo conoció a Unamuno a los cinco años en una dehesa de la granja del padre, y a Ortega, en casa de Unamuno. Sobre el primero, se afirma en noticia publicada en el periódico *El Español* (Caracas) el 25 de mayo de 1957: “Fue en una dehesa de su padre y cuando contaba cinco años. Al parecer fue enorme el impacto que en su mente infantil le produjera la presencia del gran pensador hispano, que por aquel entonces contaba veintiocho años de edad”<sup>5</sup>. A Joaquim de Montezuma de Carvalho confiesa que cuando oyó que conocería a Unamuno pensó en cómo serían los “amunos”:

<sup>2</sup> Federico de ONÍS, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1912-1915*. Oviedo: Establecimiento Tipográfico de A. Brid, 1912, p. 16.

<sup>3</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ, “Federico de Onís”, *Brújula*, volumen II, número 7 y 8, 1936, p. 148.

<sup>4</sup> Ver “Vida íntima de Unamuno y Ortega y Gasset analizó Federico de Onís”, *El Diario Ilustrado* (Santiago de Chile), 22 de junio de 1957. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1957-Suramericana.

<sup>5</sup> “Las figuras universales de Ortega y Gasset”, *El Español* (Caracas), 25 de mayo de 1957. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1957-Suramericana.

Eu era tão menino que a primeira vez que ouvi a seu nome, não o entenai. Como começava com “um”, acreditei que me falavam de “un amuno”. Quando ouvi a meu pai dizer que iríamos ao campo com Unamuno, fiquei muito preocupato, pensando como seriam os “amunos”<sup>6</sup>.

Según Onís, en octubre de 1911, Ortega comienza su cátedra de Metafísica en la Universidad de Madrid. En noticia publicada en *La Gaceta*, de Santiago de Chile, se especifica lo siguiente, derivado de la conferencia:

Quando Ortega comenzó sus cursos en la Universidad de Madrid, sirviendo la Cátedra de Metafísica, en octubre de 1911, contó entre sus auditores a los valores intelectuales ya consagrados en la vida española, como don Francisco Giner de los Ríos, el ya anciano y venerable fundador de la Institución de Libre Enseñanza. Ortega fue saludado desde sus primeros pasos intelectuales como un maestro<sup>7</sup>.

En su primera conferencia de tres que ofreció, Onís alude a la correspondencia entre ambos y con él mismo. Si bien se distanciaron, Unamuno y Ortega volvieron a reunirse en la redacción de la *Revista de Occidente* durante la República: “Pero esta separación fue sólo relativa, pues durante la República, ambos pensadores volvieron a frecuentarse en la tertulia de «Revista de Occidente» que entonces mantenía Ortega”<sup>8</sup>.

En otra noticia del periódico *La Gaceta* (Santiago de Chile), titulada “Unamuno y Ortega”, se indica que en España se prohibió la circulación del *Cancionero* de Unamuno: “Cuando en España se prohibió la circulación de la obra póstuma de Unamuno —«El Cancionero», que fielmente transcribió el propio D. Federico de Onís—, tuvo esta medida una condenación unánime de nuestra prensa”<sup>9</sup>. En otro comunicado de *Las Últimas Noticias* (Santiago de Chile), se afirma de Onís lo siguiente:

Desde su llegada a Madrid (1906) aparece vinculado a los grupos de escritores jóvenes que animaban empresas culturales de carácter renovador. Trabaja luego con Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos desde su fundación y en la Revista de Filología. Su nombre va asociado también a los primeros años de la Residencia de Estudiantes, donde fue director de cursos y a la colección de Clásicos Castellanos de la Lectura. Amigo muy cercano de Ortega y Gasset,

<sup>6</sup> En Joaquim de MONTEZUMA DE CARVALHO, “Diálogo com Federico Onís sobre Unamuno”, *Litoral* (Aveiro, Portugal), 11 de marzo de 1961. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1961.

<sup>7</sup> “Dijo ayer el profesor Federico de Onís: Lo que separó a Unamuno y Ortega, fue todo lo que tuvieron en común”, *La Gaceta* (Santiago de Chile), 22 de junio de 1957. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1957-Suramericana.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> “Unamuno y Ortega”, *La Gaceta* (Santiago de Chile), 22 de junio de 1957. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1957-Suramericana.

escribe en el semanario “España” (fundado por el autor de “El Tema de Nuestro Tiempo”)<sup>10</sup>.

Onís describe la pugna entre Unamuno y Ortega. Según las páginas del periódico *El Español*, de Caracas, donde también ofreció la charla, así se explicaba:

En España representaron Unamuno y Ortega dos tendencias. El primero, netamente españolista con sus inquietudes místicas y religiosas, con su carácter tan temperamental y personal. Ortega trató de europeizar a España, ponerla en consonancia con los otros países del occidente, a tono con la “circunstancia” que nos tocaba vivir. Temperamento opuesto a don Miguel; el uno guiaba sus actos con el cerebro y el otro solamente con el corazón.

Ortega y Gasset siempre fue más tolerante y procuró dejar una puerta abierta al entendimiento con Unamuno, pues siempre le reconoció sus méritos y comprendía plenamente los beneficios que para la causa que le tocó defender suponía el concurso del rector de Salamanca. Hizo esfuerzos en este sentido durante muchos años<sup>11</sup>.

Juan Loveluck, por su parte, describe el proceso de la formación de Onís en relación con tres maestros (Unamuno, Menéndez Pidal y Ortega):

De Unamuno le vendrá no poco de su pasión y de su mirar intrigado a América, su deseo siempre mantenido de desentrañar cultura y arte del mundo nuevo. Menéndez Pidal impone en el discípulo líneas ejemplares que benefician al investigador: solidez filológica –ya iniciada junto al gran don Miguel–, mesura y probidad de “clérigo” medieval. El contacto con Ortega le aporta el signo de la meditación –ya recibido de Unamuno–, la riqueza en el escarceo ideológico<sup>12</sup>.

Aquellas conferencias en Suramérica fueron extensión de las ideas del artículo que Onís había escrito para la revista *Avomante* (año XII, número 4) que animaba Nilita Vientós Gastón (1903-1989). Se publicó en 1956 como parte de un homenaje a Ortega, en el cual se incluyeron unos “Recuerdos” del español José Gaos (1900-1969) y artículos de puertorriqueños acerca de diversos temas. De Margot Arce de Vázquez, “La función del paisaje en las *Meditaciones del Quijote*”; de Domingo Marrero, “El constructivismo orteguiano y las categorías de la vida”; de Emilio S. Belaval, “El ser de lo viviente en el recio vitalismo orteguiano”; de Julia Córdova de Braschi, “Ortega y Gasset,

<sup>10</sup> “Recuerdos y anécdotas de dos «Grandes»: Ortega y Unamuno”, *Las Últimas Noticias* (Santiago de Chile), 22 de junio de 1957. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1957-Suramericana.

<sup>11</sup> “Las figuras universales de Ortega y Gasset”, *El Español* (Caracas), 25 de mayo de 1957. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1957-Suramericana.

<sup>12</sup> Juan LOVELUCK, “Don Federico de Onís en Concepción”, *El Sur* (Concepción, Chile), 21 de enero de 1963. Archivo Federico de Onís: O-NyA-1962-1963-Chile.

hombre de su tiempo”; de María Teresa Babín, “Presencia de Ortega y Gasset en Puerto Rico”. El artículo de Onís abre el volumen, dándosele prioridad al maestro desde la dirección de la revista. Del mismo modo, el artículo de Onís se divulgó en la revista argentina *Cursos y Conferencias* (volumen L, número 277, junio de 1957, pp. 105-121)<sup>13</sup>, y en la revista *Cuadernos*, de París (número 27, noviembre-diciembre de 1957, pp. 4-12), con el título “Ortega y Gasset, joven”.

Onís leyó este trabajo en Buenos Aires, específicamente en el Colegio Libre, el 12 de junio de 1957. José Bianco daba cuenta de él en Radio Nacional, audición de “La Revista Literaria”, el 4 de diciembre de 1957: “Pero esta tarde voy a detenerme en un ensayo de Federico de Onís titulado «Ortega, joven», tema que desarrolló en una conferencia cuando nos visitó a principios de año”<sup>14</sup>. Bianco describe y discute los temas centrales del artículo, especialmente las pugnas entre los dos escritores de mayor relieve en la España de aquellos años: “Del artículo de *Cuadernos* se desprende, como hace notar Federico de Onís, que Ortega y Unamuno tenían un modo de ser demasiado parecido, una tendencia autoritaria que los llevaba a chocar irremisiblemente. «Los separaron más las semejanzas que las diferencias»”<sup>15</sup>.

Aquí se reproduce con el permiso de la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, para la cual Vientós Gastón editaba la revista *Asomante*, este breve ensayo de Federico de Onís, que da cuenta de los primeros años en el desarrollo de José Ortega y Gasset y de sus afinidades y diferencias con Miguel de Unamuno.

<sup>13</sup> Lo acompañaba el artículo de Juan MANTOVANI, “La pedagogía de Ortega y Gasset”.

<sup>14</sup> José BIANCO, “Unamuno y Ortega”, *Radio Nacional*, Audición “La Revista Literaria”, 4 de diciembre de 1957. Texto mecanografiado. Archivo Federico de Onís: O-Autores-Bianco, José (Cartapacio 192).

<sup>15</sup> *Ibid.*



---

---

# FEDERICO DE ONÍS

## *Ortega, joven*

Un día de enero de 1916 se despidió Ortega formalmente de su juventud, desde su mirador del Escorial. Fue en el prólogo de su libro *Personas, obras, cosas*, en el que recogió “los trabajos menos imperfectos” entre los que había publicado en diversos periódicos en los nueve años anteriores entre 1904 y 1912. Con su tono habitual, de énfasis y reserva al mismo tiempo, dijo:

Al dar este tomo a la imprenta me ha parecido, pues, que me despedía de mi mocedad. Y en esa hora patética ha habido un instante peligroso: toda mi juventud se ha adelantado turbulenta en mi memoria, como legionarios de Roma en el día de su licenciamiento. He necesitado algún esfuerzo para que este prólogo no cayera en la tentación de dar solemnidad a la despedida, concediendo así injustificada importancia a esta escena vulgar del hombre que dice “adiós” a sus primeros fervores y dolores.

No está claro cuál es el año al que se refiere como fin de su juventud, pues aunque la despedida está fechada en enero de 1916, los artículos coleccionados como su obra de juventud van desde 1904 a 1912, período de nueve años, que un momento después se convierten en diez, cuando dice: “Esos mis diez años jóvenes”. Habiendo nacido el 9 de mayo de 1883, tenía en 1912 veintinueve años.

Estos cálculos habría que rectificarlos, si tenemos en cuenta los artículos de juventud recogidos en sus obras completas. En la primera colección, publicada en 1932 con el título *Obras*, no incluyó nada anterior a 1914, fecha de publicación de su conferencia *Vieja y nueva política* y de las *Meditaciones del Quijote*, con las que inicia el gran volumen de sus obras, y que en efecto fueron el principio de su producción madura genuinamente grande y original. En la nueva colección publicada en 1946 el título cambia de *Obras* a *Obras completas* y se dice que es la “Primera edición”. En ella se añaden, además de las obras escritas después de 1932, muchos artículos de distintas épocas, al mismo tiempo que se suprimen algunas de las obras contenidas en la primera edición de 1932. Mientras se publica una edición verdaderamente completa, habrá

que consultar todas para conocer su obra. La de 1946 retrotrae el principio de su producción literaria juvenil al año 1902 y lleva su fin hasta 1913, es decir, un período de once años desde sus diecinueve a sus treinta. En el clima español, es una juventud más bien tardía, de desarrollo lento, y por eso su producción literaria muestra desde el principio señales de madurez y no está claro el momento en que su juventud termina.

Cuando publica su primer artículo, “Glosas”, el 1 de diciembre de 1902 en *Vida nueva*, una de las revistas efímeras del modernismo, ya era Licenciado en Filosofía y Letras, y dos años después, en 1904, ya era doctor. Sus estudios del bachillerato y la Universidad los había hecho, como otros hijos de buena familia madrileña, bajo los jesuitas, en el Colegio de Miraflores del Palo, cerca de Málaga, donde fue *emperador* seis años, y la Universidad del Deusto. Todos esos años de su adolescencia y juventud apenas aparecen en su obra, y las escasas referencias que en ella se encuentran llevan un dejo de despecho y asco. Estas palabras fuertes son las que él emplea en el artículo que en 1910 escribió “Al margen del libro *A. M. D. G.*”, de Ramón Pérez de Ayala, y en el prólogo a sus *Obras* (1932), donde, al hacer “ese gesto de echar el brazo atrás y recoger el pasado”, que significa una nueva parada en su vida, nos dice: “Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo” y “el roce con la piel de mi pasado me repugnaba”.

Dejemos esos años anteriores a su licenciatura, que él no quiere recordar, y que, por lo que sabemos de ellos, se reducen a su infancia madrileña, en una familia típica de la Restauración, distinguida en las letras, el periodismo y la política, tanto por el lado Ortega como por el lado Gasset. Su padre, don José Ortega Munilla, a quien conocí como presidente, en su calidad de académico, del tribunal de las oposiciones a cátedras que hice en 1910, era un perfecto caballero y un novelista con personalidad y valor propios en la pléyade de la Restauración, y dirigía *El Imparcial*, gran rotativo madrileño liberal, que en su sección titulada *Los Lunes* daba acogida a la literatura, incluso la de los nuevos escritores de la generación modernista, quienes a través de ella pudieron llegar al gran público. La formación de Ortega es por lo tanto enteramente madrileña y su educación en los colegios de los jesuitas no la interrumpió puesto que volvería a casa durante las vacaciones hasta que terminó su carrera en la Universidad de Madrid en 1892.

En ese mismo año empezó a escribir; pero a pesar de las facilidades que tenía para publicar lo que escribiera, vemos que no tuvo prisa en hacerlo, pues solamente publicó un artículo en 1902, ninguno en 1903 y solo cuatro en 1904, año en que se doctoró con una tesis sobre el milenio, que no se publicó. En estos años decisivos, en los que, terminada su educación, fue dueño de sí mismo, nos interesa, para entender su formación, más que lo poco que escribió, lo mucho que sin duda hizo. En su primer artículo hay ya rasgos del estilo de Ortega e indicios de los problemas ideológicos que le van a preocupar toda la vida.

Empieza con esta frase que anuncia una actitud típicamente orteguiana: “Hablabas ayer con un amigo mío, uno de esos hombres admirables que se dedican seriamente a la caza de la verdad, que quieren respirar certezas metafísicas: un pobre hombre”. Esta primera frase que escribió Ortega a los diecinueve años indica ya que una necesidad interna de su ser le llevaba a ser filósofo, aunque con reservas irónicas. En el resto del artículo trata de lo personal y lo impersonal en la crítica, del individuo y la masa, tema bien orteguiano. En los cuatro artículos de 1904, publicados en *La Lectura* y *El Imparcial*, trata de temas literarios: uno, bellamente escrito, sobre “Las ermitas de Córdoba”, es el primero de los que toda su vida escribió sobre tierras y paisajes españoles; los otros tres versan respectivamente sobre libros de Valle-Inclán, Maeterlinck y la Condesa de Noailles. Se ve que por entonces su formación y sus lecturas son predominantes [*vic*] francesas, su gusto se inclina más hacia la literatura a pesar de su otra vocación filosófica, y su interés se dirige a los escritores españoles que pocos años antes habían interrumpido en la literatura: Valle-Inclán, Azorín, Baroja, Unamuno, Maeztu, Antonio Machado, con los cuales inició su amistad desde entonces como un amigo más joven.

¿Qué hacía en esos años en que escribió tan poco? Aquí tengo que conjeturar, porque yo no le conocí personalmente hasta 1908, ni tampoco conocía el mundo literario de Madrid hasta que fui en octubre de 1905 a estudiar para el doctorado. Tengo que hablar de mí mismo, porque mucho de lo que he de decir sobre la juventud de Ortega está basado en el conocimiento adquirido a través de nuestra amistad personal. Creo que desde 1902 a 1905, es decir de los diecinueve a los veintidós años, a pesar de sus múltiples relaciones sociales y literarias en el entonces pequeño gran mundo madrileño, vivió recogido en sí mismo, consagrado intensamente al estudio, sobre todo de la filosofía. En esos años adquirió los fundamentos de su extraordinaria cultura y llegó a las decisiones que iban a regir toda su vida posterior. La primera era la de adquirir una cultura normal europea antigua y moderna en su plano más alto y más amplio; la segunda era llevar a cabo la incorporación de España a la cultura universal. Para el conocimiento de la cultura europea antigua necesitaba la lengua griega, que había empezado a estudiar en Deusto con el entonces Padre Julio Cejador, que luego salió de la Compañía y por quien siempre guardó Ortega un respeto difícil de explicar por ser Cejador el defensor más típico y enérgico del casticismo español frente a todo intento de europeización. Supongo que acrecentaría por entonces su dominio del griego leyendo a filósofos, y que al mismo tiempo estudiaría el alemán para el conocimiento de la cultura europea moderna y como preparación necesaria para el viaje de estudio a Alemania que emprendió deliberadamente después de doctorarse y que duró dos años, de 1905 a 1907. En estos años aparecen en *El Imparcial* unos pocos artículos suyos, cuatro en 1906 y dos en 1907. Esta producción aumenta considerablemente a partir de 1908, después de su regreso a España.

Entonces fue cuando le conocí, en circunstancias que tienen importancia para entender en qué consistía la fuerza y el valor personal que Ortega tuvo siempre, desde aquel tiempo en que no había hecho apenas nada, y que nacía de una seguridad modesta y sincera en la superioridad propia, tal, que era aceptada por los demás. Le conocí en Salamanca, por casualidad, en un viaje que hice allá desde Oviedo, para algún asunto personal. Como siempre que regresaba a Salamanca, fui a ver a Unamuno, y me llegué a su casa al oscurecer, cuando sabía que él estaría allí de vuelta de su paseo cotidiano. Le encontré con un joven desconocido, a quien me presentó, y poco después nos despedimos, porque Ortega había estado todo el día con él y yo no tenía nada especial que decirle aparte de saludarle. Salimos juntos y pasamos varias horas caminando por las viejas calles de Salamanca. Para mí era bien conocido el nombre de Ortega y no sé si él sabía algo de mí; pero el caso es que hablamos como si nos conociéramos de toda la vida. Me habló de Alemania, de España, de lo que había que hacer, de lo que hacíamos en el Centro de Estudios Históricos, etc., etc.; pero guardó un extraño silencio acerca de lo que había hablado con Unamuno y del objeto de su viaje. Él regresaba aquella noche a Madrid, yo iba a ir allá dentro de pocos días, y quedamos citados para vernos, como lo hicimos y lo seguimos haciendo diariamente hasta mi salida para los Estados Unidos en 1916. Este primer encuentro con Ortega debió de ser hacia Marzo de 1908 y fue el principio de una estrecha amistad, expresada por él al dedicarme un ejemplar de sus *Meditaciones del Quijote* con las palabras: “como si fuera a mí mismo”.

Tenía entonces Ortega veinticuatro años y yo era año y medio más joven. Recuerdo la impresión de simpatía y de respeto que causó en mí toda su persona, como creo ocurría con todos los que le conocían y con los públicos que le escuchaban. Muchas de sus cualidades, incluso físicas, como la voz, la mirada, los gestos, continuaron toda su vida; algunas pasaron con la edad, como el pelo ondulado y espeso, que entonces tenía, y que poco después fue pasando por las varias fases de una prematura calvicie. Recuerdo, en cuanto a la indumentaria, que llevaba aquel día un sombrero negro de alas anchas, como se usaban por entonces en París, y supongo que en Alemania, por los literatos y artistas.

Lo ocurrido en la entrevista con Unamuno, sobre lo que ambos guardaron silencio, lo puedo reconstruir ahora por cosas que supe después y por la actividad pública y privada de los dos. Creo que es de primaria importancia para entender a Unamuno y a Ortega y la significación de ambos y cada uno en su época, conocer las relaciones entre los dos hombres que significaban más en la España moderna, y que representaban el pensamiento español fuera de ella, en el mundo contemporáneo. Me limitaré ahora a sus relaciones primarias durante la juventud de Ortega. Datan estas del principio mismo de la actividad literaria de Ortega, que sin duda por su edad leyó cuanto Unamuno había escrito hasta entonces. Pero no se limitó a la lectura, sino que mantuvo

correspondencia con Unamuno, de la que hay constancia en un artículo de este titulado “Almas de jóvenes”, de mayo de 1904, donde Unamuno transcribe y comenta dos cartas, dice, “de mi joven amigo J. O. G., que ha hecho ya, y con aplauso de los buenos, sus primeras armas”. Es significativo este reconocimiento inmediato por parte de Unamuno del valor del joven Ortega, que no había escrito más que los cinco artículos a que me he referido antes, y lo es también el hecho de que tan pronto hubiese entre los dos esta relación epistolar, en la que Ortega muestra una actitud de respeto hacia el maestro al mismo tiempo que una independencia en la que ya están claras las divergencias que habían de hacerles incompatibles toda la vida. No extracto aquí estas cartas, porque pueden leerse en las *Obras completas* de Unamuno.

La primera expresión pública de esta divergencia vino tres años más tarde en un artículo de Ortega “Sobre los estudios clásicos”, publicado en *El Imparcial*, el 28 de octubre de 1907, en el que dice: “Dejo para unas disputas que estoy componiendo contra la desviación «africanista» inaugurada por nuestro maestro morabito Don Miguel de Unamuno...”. Sigue mirando a Unamuno como maestro y por primera vez le aplica la denominación de morabito. Con todo esto, cuando al volver a España tiene Ortega conciencia clara de que el propósito y razón de ser de su vida ha de ser la salvación de su patria mediante su incorporación a la cultura europea, y se siente naturalmente llamado a dirigir y encauzar las fuerzas españolas con las que se ha de realizar esta obra, no duda un momento de que la mayor de todas es la personalidad de Unamuno, y por eso su primer paso es ir a Salamanca a recabar la colaboración del maestro en la obra común. No podemos saber lo que hablaron aquel día, pero por lo que escribieron desde aquella fecha podemos colegir que en aquella entrevista no se llegó al acuerdo que Ortega buscaba, sino a un disentimiento radical que cada uno manifestó a su manera. La de Unamuno consistió, como era natural en él, en empezar desde entonces a escribir contra la actitud de Ortega, sin nombrarle nunca ni referirse abiertamente a sus escritos. Unamuno escribía por rachas sus innumerables artículos de periódico, que solo en muy pequeña parte se han coleccionado en sus obras completas. A raíz de la entrevista con Ortega empezó una racha en la que con su insistencia y terquedad características repite incansablemente el mismo tópico de la “Kultura con K mayúscula”, con todas las frases que acuñaba para expresar sus actitudes polémicas. Estos artículos escritos durante varios años en la prensa no han sido recogidos en sus obras completas, y no es posible ni necesario citarlos.

En cambio, Ortega trató de ser reservado, circunspecto y hasta conciliatorio, y durante más de un año no contestó a los ataques de Unamuno. Así, en un artículo publicado en la revista *Faro* el 20 de septiembre de 1908, dijo:

Hoy mismo –quiero cuanto antes quitarme este peso– he publicado unos párrafos en *El Imparcial* acerca del último discurso de Unamuno. Creía haber com-

puesto en ellos una apología prudente de la acción política que con tanto nervio y firmeza va ejerciendo sobre la muerta nación el rector de Salamanca. No podía hacer yo otra cosa cuando las ideas de Unamuno son exactamente las mismas que trato de defender con la ruin lancilla moderna de mi pluma. Sin embargo, algunas personas han querido ver en aquellos párrafos no sé qué invectiva contra el gran publicista que pretendían honrar y aplaudir... Unamuno, el político, el campeador, me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia en esta nueva guerra de independencia contra la estolidez y el egoísmo ambientes. A él solo parece encomendada por una divinidad sórdida la labor luciferina *–Aufklärung–* que en el siglo XVIII realizaron para Alemania un Lessing, un Klopstock, un Amman<sup>1</sup>, un Jacobi, un Herder, un Mendelssohn. Y aunque no esté conforme con su método, soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacanamiento peninsular, martilleando con el tronco de encina de su yo sobre las testas celtíberas... El espíritu de Unamuno es demasiado turbulento y arrastra en su corriente vertiginosa, junto a algunas sustancias de oro, muchas cosas inútiles y malsanas.

Esta larga cita muestra la actitud razonada y política que Ortega quiso mantener después del fracaso de su entrevista con Unamuno, usando el procedimiento de una de cal y otra de arena y dejando la puerta abierta a una imposible [*sic*] reconciliación. Unos meses después, en abril de 1909, en un artículo sobre Renán, vuelve Ortega a hablar de Unamuno, y allí dice con más claridad algunas de las diferencias de ideas y de método que les separan. Son estas:

Los que aplican promiscuamente tal palabra [genialidad] a Newton y a Santa Teresa cometen, a mi modo de ver, un pecado de lesa humanidad... Si para la historia del planeta Tierra valen lo mismo las *Moradas* que los *Philosophiae naturalis principia mathematica* será que el mencionado planeta marcha en pos de lo absurdo.

Un síntoma extremo de achabacanamiento puede descubrirse en el afán de sinceridad que ahora sentimos todos; es una moda que se nos ha impuesto, a cuyo éxito no ha contribuido poco D. Miguel de Unamuno, morabito máximo que entre las piedras reverberantes de Salamanca inicia a una tórrida juventud en el energumenismo... No, no seamos sinceros, ni espontáneos, ni románticos... Los románticos nos retrotraen a la inocencia originaria y edénica, y como Federico Schlegel en su *Lucinda* nos ofrecen el elogio de la Insolencia o de la Pereza... o como el Sr. Unamuno nos invitan a la africanización de España.

Pero Unamuno que, como él decía, llevaba un zorro por dentro y a su modo pasional era también político, continuó impertérrito su campaña contra la Kultura, Europa y el germanismo, es decir, contra el programa de Ortega,

<sup>1</sup> [En las *Obras completas* de 2004-2010 (I, 221) aparece como Amann. Lo más probable es que se trate de un error en el texto y se refiera a Johann Georg Hamann (1730-1788). En las citas se respeta la transcripción de Onís del texto orteguiano].

aunque sin nombrarle. Y como Unamuno, para quien no había diferencia entre lo público y lo privado, utilizaba, para dar a sus ideas la fuerza de la repetición, no solo sus innumerables artículos periodísticos, sino sus cartas más numerosas aún, y el eterno monólogo que era su conversación, un día una de sus cartas privadas dirigida a Azorín fue publicada por este en el *ABC*, y Ortega no tuvo más remedio que darse por aludido y contestar a los ataques de Unamuno en forma que equivalía a una ruptura pública. Este artículo, titulado “Unamuno y Europa, fábula”, apareció en *El Imparcial*, el 27 de septiembre de 1909, hizo mucho ruido y puede leerse en las *Obras completas*. Hay en él palabras fuertes, como “filosofía soez”, “usos jaquescos”, “romper las reglas de la buena educación”. “D. Miguel de Unamuno, energúmeno español, ha faltado a la verdad. Y no es la primera vez que hemos pensado si el matiz rojo y encendido de las torres salmantinas les vendrá de que las piedras venerables aquellas se ruborizan oyendo lo que Unamuno dice cuando a la tarde pasea entre ellas”.

Las diferencias son las dos mismas señaladas antes y están en los párrafos que copio:

Cierto que el Sr. Unamuno me alude en esa carta: habla de “los papanatas” que están bajo la fascinación de “esos *europcos*”. Ahora bien, yo soy plenamente, íntegramente uno de esos papanatas; apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en que no aparezca con agresividad simbólica la palabra: Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España.

(...)

¿A qué, pues, contestar la carta del rector de Salamanca? ¿Qué dice en ella, al fin y al cabo? “Si fuera imposible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste”... ¿Qué otra cosa es sino preferir a Descartes, el lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática? Lo único triste del caso es que a D. Miguel, el energúmeno, le consta que sin Descartes nos quedaríamos a oscuras y nada veríamos, y menos que nada el pardo sayal de Juan de Yepes.

(...)

Pero el Sr. Unamuno no es hombre que se ande en medias tintas: Como Juan de Yepes es superior a Descartes, es, en no pocas otras cosas, superior España a Europa.

Pero todavía termina el artículo diciendo:

Y, sin embargo, un gran dolor nos sobrecoge ante los yerros de tan fuerte máquina espiritual, una melancolía honda... “¡Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor!”.

Después Ortega no vuelve a escribir sobre Unamuno, salvo alguna alusión sin importancia, hasta el artículo que le dedicó con motivo a su muerte en 1936, en el que dice algo de la relación personal que volvieron a tener en los años

de la República. La amistad de Ortega y Unamuno fue un hecho importante y decisivo en la juventud de Ortega y para penetrar más a fondo en las causas de la incompatibilidad entre los dos hombres que han tenido mayor influencia en la España moderna, voy a acudir a datos más íntimos contenidos en la correspondencia privada que tuve con ambos. Como cada uno sabía la amistad que me unía con el otro, a veces se comunicaban a través de mí, sobre todo después de su ruptura en 1909. Como yo estuve mucho más tiempo en Madrid esos años al lado de Ortega, son menos las cartas de este que las de Unamuno.

Ortega se refiere a Unamuno en carta del 27 de septiembre de 1912, tres años después de su ruptura:

Sí, di en Vitoria con Unamuno. Charlamos seis horas seguidas. Las dos primeras estubo a la defensiva previendo alguna abrupción de mi parte. Mas al notar que yo no pretendo morder a las gentes y que, además, soy cuando menos el segundo en reconocer aquellos defectos míos que lo son, fue el hombre entrando en cordialidad hasta el punto de que si no yerro se llevó de mí muy grata impresión. Le encuentro débil, blando, entregado, sobre todo con poca actividad ideológica, aprovincianado. Anteayer me envió un artículo suyo.

Las cartas de Unamuno dan más luz para entender las fases de su amistad y las causas hondas de su incompatibilidad. En una carta del 12 de diciembre de 1910 hay un párrafo dedicado a Ortega, por el que se ve que no se escribían. Acababa de ganar Ortega su cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, y me encarga que le dé la enhorabuena en su nombre. Dice así:

A Pepe Ortega dale la enhorabuena y dile que si no le escribo directamente es porque no tengo nada objetivo que decirle y no quiero molestarle con mis arbitrariedades y querellas. Que Dios, el Dios del engaño, le dé luces y fuerzas para engañar a sus discípulos con la filosofía, e infundirles la suprema ilusión.

Después de todo lo que sabemos, se verá que cada palabra de este párrafo quiere decir mucho más de lo que dice.

En otra carta del 18 de enero de 1913 hay un ataque a Hermann Cohen, el maestro de Ortega en Marburgo, y al idealismo neo-kantiano, que era por entonces la filosofía de Ortega, a quien no menciona:

Me acaba de irritar mi reciente lectura de obras del monstruoso saduceo de Marburgo, Cohen. Ese idealismo, ese poner la idea sobre el hombre, y el hombre-idea sobre el hombre de carne y hueso, subleva mis entrañas. Es cosa de sentimiento y no podemos con-sentirnos, aunque nos entendamos y estimemos. Si el hombre individual y concreto, si yo, pierdo mi conciencia de mí mismo al morir, si de aquí a cien, a mil, a un millón de siglos, siempre, no me acuerdo de ti, de Salamanca, de cuanto he vivido, me importa nada todo lo demás. No siento más que la inmortalidad del alma al modo popular católico. La ciencia me da miedo y tristeza. Es decir, me da miedo y tristeza la verdad.

No sé lo que yo le escribí, contestando a la carta anterior; pero pocos días después, el 28 de enero de 1913 me escribe insistiendo sobre el mismo tema:

Sí, acaso tengas *razón* en todo lo que dices, pero es que la razón no sólo no me basta sino que me atormenta. No con-siento más que dos posiciones, la del cristiano positivo (católico, protestante, etc.) y aun mahometano, que cree a pies juntillas en la otra vida como continuación de ésta, o la del incrédulo que sufre y se desespera por dentro y es pesimista. Y es esa desolación y rabia interior la que me lleva a mis campañas todas, sean de saneamiento moral, sean de agitación agraria. Y por eso dejo que me llamen reaccionario los unos, anarquista los otros, y loco no pocos. Y creo que para nuestro pueblo no es remedio la Kultura. Pero esto es largo.

En esta carta sale la Kultura con K mayúscula, que él atribuía a Ortega. Cuando este inició su actuación política con su conferencia en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914 y la fundación de la Liga de Educación Política, sin duda yo escribí a Unamuno invitándole en nombre de Ortega a participar en ella, y en la revista *España*, que Ortega iba a fundar. Y me contesta el 6 de mayo, en forma, como se verá, recelosa y ambigua:

De la Liga de Educación Política sé poco. Sólo temo, como te dije, que se duerma en la suerte de la propedéutica y que en la pregunta de “¿qué se debe hacer?” no haya nada. En los casos de urgencia –y el de España es uno– el cirujano no debe perder tiempo en inquisiciones complicadas y largas, sino hacer una hipótesis y operar conforme a ella. También vi lo de la revista popular. Desde luego, si se cree que yo puedo ayudar en algo, aquí estoy. Son más las cosas que me unen con el espíritu de esa Liga que las que pueden separarme de ella. (Y no sé cuáles sean éstas, pues tal vez me equivoque respecto a lo que sea). Ayudaré, pues, en lo que me permitan mis trabajos obligados.

Y más adelante, al fin de la carta, ya nombrando a Ortega expresamente:

A Ortega y Gasset que formule cuanto antes una hipótesis –naturalmente, provisoria siempre y siempre modificable– y recete en concreto sin esperar al resultado de inquisiciones problemáticas. Una vista clara que recorre lo que a uno le rodea vale muchas veces más que cien estadísticas y el buen músico no necesita saber acústica ni matemáticas para templar la lira y distinguir una disonancia.

Hubo otro momento en el que Ortega se dirigió personalmente a Unamuno y fue al ser este destituido del cargo de Rector de la Universidad de Salamanca. Con este motivo me escribió una carta el 3 de agosto de 1914 en la que, entre otras cosas referentes a su destitución, me decía: “De las muchas cartas que he recibido hay dos que me han confortado y animado mucho, la de D. Paco Giner y la de Pepe Ortega (ésta generosísima y muy noble). Y he aceptado las ofertas de éste”.

Todo fue inútil. Había entre los dos demasiadas semejanzas para que pudieran estar cerca sin hacerse sombra. Por eso creo que les separaron más las semejanzas que las diferencias, pues estas no fueron obstáculo para que Ortega desde su juventud tuviera siempre muchos amigos y colaboradores. Veamos algo de cómo empezaron en su juventud estas relaciones, que luego iban a extenderse enormemente cuando desde 1914 empezó a desarrollar en grande sus varias actividades públicas, como escritor, como político y como hombre de acción.

Desde su primera juventud tuvo una amistad, que él llamaba fraternal, con Ramiro de Maeztu, que fue interrumpida después de su viaje a Alemania porque Maeztu se quedó viviendo en el extranjero por muchos años. Continuó su amistad íntima con los Maeztus que estaban en España, Gustavo, el pintor, y sobre todo María, que vino de Bilbao a Madrid para ser directora de la Residencia de Señoritas desde que se fundó. Otra amistad de aquella época, la de Pío Baroja, continuó sin interrupción toda la vida. Sería difícil concebir un hombre más distinto de Ortega que Baroja, hombre hosco y solitario que no se llevaba bien con nadie y menos que con nadie con Unamuno, y sin embargo Ortega y él se buscaban para gozar mutuamente de su conversación inagotable y desinteresada paseando sin objeto por las calles y más adelante en la redacción de *España*. Otros amigos antiguos por los que tuvo siempre predilección en el terreno íntimo fueron hombres del mundo intelectual que poseían cualidades más modestas, entre ellas el talento unido a la bondad y la simpatía personal, tales como Francisco de Alcántara, crítico de arte de *El Imparcial*, y Luis Bello, que publicó algunas revistas como *Europa* y la *Revista de Libros* en las que Ortega colaboró.

Ortega no era hombre de café ni de tertulia (hasta que fundó la suya en la *Revista de Occidente* muchos años después). En aquellos años de su juventud, desde 1908 a 1914, no se sumó a ninguno de los grupos y centros de reunión que había entonces, aunque los visitase ocasionalmente. Su centro era su casa, un piso modesto de la calle de Fortuny, en el barrio de Chamberí, donde vivía con su apacible, fina y santa esposa Rosa Spottorno y sus hijos, y libre de cuidados, podía consagrarse enteramente a su trabajo intelectual. Siguió manteniendo las relaciones familiares y sociales anteriores en la medida en que fueran compatibles con la concentración en sus estudios y su producción escrita, que aumenta considerablemente a partir de 1908 y da como resultado los libros que empieza a publicar desde 1914. Entretanto han ido aumentando sus amistades nuevas y su vida exterior no era tan quieta como acabo de decir. El 2 de octubre de 1910 me escribía: “Estoy tan atareado que no puedo escribir a V. más largo”, y el 4 de noviembre: “No he podido escribir a V. antes porque he estado de oposiciones. Las de V. están convocadas según creo, para el 15 de este mes”. En efecto, en aquella fecha empezó otra de sus actividades, la profesoral [*sic*], como catedrático de Metafísica, en la vacante que dejó

don Nicolás Salmerón, que aumentó la zona de su influencia poniéndole en contacto con varias generaciones de jóvenes que fueron luego sus discípulos. Pero su enseñanza no empezó aquel año, porque el 3 de enero de 1911 me escribía: “Yo salgo el lunes para Marburg; ya le enviaré mis señas”. Este viaje fue más corto que el anterior, pues regresó a Madrid para empezar su primer curso en la Universidad el 1 de octubre de 1911.

Asistí a este curso como estudiante, a pesar de que ya era catedrático, cosa que no tenía nada de particular en aquella ocasión porque yo era el más insignificante entre las cuarenta o cincuenta personas que asistieron al curso. No recuerdo a todos, pero desde luego el más importante era don Francisco Giner de los Ríos, con su barba blanca venerable, sentado allí día tras día como un párvulo. Sin citar nombres, diré que allí estaban personas de los campos más diversos y entre ellas se destacaban algunas de las más ilustres de España en la ciencia: físicos, biólogos, juristas, historiadores y filólogos. Podría decir mucho de aquel curso, del que conservo las notas que tomé. Me limitaré ahora a decir que trató de la teoría de las ideas, a base de la lectura y comentario de un diálogo de Platón, el *Theaetetus*, y de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Aparte de la innata maestría del joven Ortega, es de la más alta significación para entender la calidad de su persona, más que de su saber, este hecho de que hombres viejos y jóvenes, que cada uno en su disciplina eran superiores a él, reconociesen la superioridad de Ortega desde el mismo momento en que este empezaba a darse a conocer. Había en ello algo así como un culto al joven brillante que traía la buena nueva de la filosofía y la cultura europeas bebidas en sus mismas fuentes, algo que, si era europeo en el contenido, era todo lo contrario de lo europeo en la actitud de fondo casi religioso que nos unía en torno a él, algo como lo que Ortega señalaba en Unamuno cuando le llamaba morabito, a pesar de que sabía bien que era el hombre de aquel tiempo que poseía mayor cultura europea antigua y moderna. Otro morabito superviviente de la generación anterior era don Francisco Giner, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, con su iglesia y sus dogmas; como lo habían sido antes don Julián Sanz del Río, el introductor del krausismo, otra religión, y don Nicolás Salmerón, predecesor de Ortega en la cátedra, moro de Almería que no necesitó escribir para ser tenido por un gran filósofo, y como lo fue después don Joaquín Costa, almogávar de Aragón y profeta de la europeización de España. Lo que eran todos estos grandes hombres eran españoles, y Ortega, para su honra, tanto como el que más.

Pero dejando esto, que requeriría un estudio total de la personalidad de Ortega tal como se manifiesta en su obra posterior, quiero solamente decir algo de su vida en esos años poco conocidos a causa de la escasez de su producción. Esta se limitó por entonces a los artículos que siguió publicando en mayor abundancia y variedad de temas entre 1908 y 1911, sobre todo en *El Imparcial* y algunos en las revistas *Faro* y *Europa*. Los reunidos en sus obras completas

son 10 en 1908, 4 en 1909, 14 en 1910 y 9 en 1911. Luego bajan a 3 en 1912, 1 en 1913 y ninguno en 1914. Esta sencilla estadística nos hace ver cómo desde 1912 su creación se va orientando hacia la producción de los libros que empezará a publicar desde 1914 y que significan el principio de su madurez.

El centro de su vida en esos años era su casa, sus libros y su trabajo, salvo algunos viajes cortos por tierras de España, de esos de andar y ver, entre los que recuerdo uno que hicimos juntos a Sigüenza, vieja ciudad que visitó otras veces y sobre la que escribió. El círculo de sus relaciones aumentó considerablemente, porque a las antiguas, a las que siempre fue fiel, añadió otras nuevas, que vinieron a ocupar el primer plano de su interés. Le fue fácil entrar en este nuevo mundo más amplio, porque por aquel entonces la vida intelectual de España se había organizado por primera vez gracias a la Junta para Ampliación de Estudios y los centros e instituciones que ella fundó. Toda esta gran obra estaba inspirada en ideas de la Institución Libre de Enseñanza, que había sido antes y siguió siendo un organismo cerrado, abierto solo a los iniciados. Ortega, que nunca fue un institucionalista, mantuvo siempre relaciones amistosas con las personas de la Institución, de don Francisco Giner para abajo, quienes vieron en él el maestro indiscutido de la nueva generación. Tampoco perteneció Ortega a la Junta ni a ninguno de sus centros de investigación y de enseñanza; pero en todos ellos trabajaban su constante consejo y colaboración. Nadie como Ortega podía hablar a todos los científicos, como filósofo, por ser la filosofía la ciencia de las ciencias, y como político, que veía en la organización de la cultura la fuerza principal para la creación de una nueva España. Les daba lo que ellos no tenían y no vacilaron en reconocerle como maestro.

Trabajaba en su casa y a la tarde solía aparecer por el Centro de Estudios Históricos, donde trabajaban Menéndez Pidal, Hinojosa, Gómez Moreno, Asín, Rivera y sus jóvenes discípulos. Hablaba con todos, midiendo siempre las distancias; pero la verdadera amistad en el sentido personal la guardaba para unos pocos, que trataré de recordar. Entre las personas a quienes quiso y apreció de veras están Ángel Sánchez Rivero, cuya muerte temprana cortó su carrera de originalísimo escritor apenas comenzada; Manuel García Morente, que se reincorporaba a España después de una educación en Francia y Alemania, y que fue su constante colaborador en el campo de la filosofía; Fernando Vela, a quien conocí en Oviedo como empleado de Aduanas y que se trasladó a Madrid para conocer a Ortega y luego colaboró con él en toda su obra posterior; José Moreno Villa, que volvía de Alemania donde fue a estudiar ciencia y negocios y en Madrid se dedicó a investigador de arte en el Centro Histórico y a poeta, para cuyo primer libro de poesía escribió Ortega un prólogo tan largo como el libro; Alberto Jiménez Fraud, que había venido de Málaga, traído por don Francisco Giner, para dirigir la labor, más delicada

que ninguna otra desde el punto de vista institucionalista, de dirigir la educación de los jóvenes en la recién creada Residencia de Estudiantes.

Podría citar otros, pero los nombrados son los más representativos. Quiero decir algo más del último, porque la Residencia de Estudiantes, que él dirigía, fue uno de los centros cotidianos de la vida de Ortega por entonces. Cuando salíamos del Centro Histórico al atardecer, solíamos pasear por Recoletos y la calle de Génova y de Almagro hasta llegar a la primitiva Residencia, donde encontrábamos a Alberto Jiménez, y hablando en el jardín se hacían los planes para los trabajos que la Residencia desarrolló. Entre aquellos pocos residentes, que no eran más de doce o catorce, había uno que no era estudiante, Juan Ramón Jiménez, a quien se le dio un cuarto donde vivió hasta que salió para casarse en Nueva York en 1916. Llegaban por allí otras personas interesadas en la obra de la Junta para la Ampliación de Estudios y se sumaban a la conversación general en torno a Ortega. Aquellos proyectos se tradujeron en la organización de algunos cursos fundamentales para los residentes, dados al principio por Negrín y Artigas. Se organizó también una serie de conferencias, que tenían la ventaja de que algunos conferenciantes de fuera vivieran en la Residencia con los estudiantes, como por ejemplo Unamuno, que siempre que venía a Madrid se alojaba allí. Algunas de aquellas conferencias se publicaron en libro, como una de Eugenio d'Ors, otra de Luis de Zulueta y una mía, titulada *Disciplina y Rebelión*. Con ellas se iniciaron, bajo la dirección espiritual de Ortega y la tipográfica de Juan Ramón, las publicaciones de la Residencia, que significaron la afirmación de ciertos valores supremos españoles, al publicar la primera obra de Ortega, *Meditaciones del Quijote*, y recoger por primera vez los *Ensayos* de Unamuno y las *Poesías completas* de Antonio Machado.

Esta base, un poco subterránea de la vida de Ortega, se ensanchó enormemente a partir de 1914, cuando fundó sus centros propios de acción pública, como la Liga de Educación Política y la revista *España*, donde reunió a los amigos privados de las varias fases anteriores de su pasado, con los nuevos amigos, discípulos y colaboradores que cada día se le sumaban. Pero todo esto, que es bien conocido y que vino a culminar muchos años más tarde en la *Revista de Occidente*, significa el fin de la juventud de Ortega y por lo tanto debe quedar fuera de este artículo.

*Asomante*. Homenaje a José Ortega y Gasset.

Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico,  
San Juan, Puerto Rico. Año XII, n.º 4, octubre-diciembre 1956, pp. 7-20.